

PAZ IRIBARNE

CLAROSCURO

**LUCES Y SOMBRAS
DEL AMOR Y EL SEXO**

PAZ IRIBARNE

CLAROSCURO

"Luces y Sombras del Amor y el Sexo"

SAFE CREATIVE

Identificador: 1906101115027

Fecha de registro: 10-jun-2019 1:25 UTC

Licencia: Todos los derechos reservados

Autor: Paz Iribarne

Advertencia

Escenas de sexo explícito y lenguaje adulto.

Apto mayores de 18 años



www.paziribarne.com

Contents

[Prólogo](#)

[Vergüenza](#)

[El Disfraz](#)

[Prohibido](#)

[Autoridad](#)

[Lecciones](#)

[Admirador](#)

[Obras](#)

Prólogo

Esta humilde obra es sólo la conjunción de pequeños relatos acerca de la oscuridad, la hermosura, la toxicidad y la luminosidad de algunas relaciones y la forma en que los seres humanos exploramos el amor y el sexo, los cuales, no son otra cosa que aquello que nosotros mismos definimos con nuestra propia naturaleza, totalmente subjetivos, en donde nada es ley y a cada momento las reglas se rompen.

Crease o no, la mayor parte de estos son reales, obviamente los nombres de los personajes no lo son, y, algunos de los desenlaces los he modificado, pero, sin duda, al momento de escucharlos o leerlos me impactaron y me pusieron a trabajar sobre el papel. Los escribí hace tiempo atrás, de hecho, muchos han sido concebidos como mis primeros intentos en mi conversión a escritora romántica. Espero los disfruten.

¡Un fuerte abrazo y gracias por estar!

Paz I.

Vergüenza

Mariano era un hombre de familia, tan respetado en el entorno en el que se movía diariamente, con un trabajo que muchos soñaban, sin embargo, nunca fue suficiente para él. Quería más... mucho más, y jamás dudó en tomarlo, sin embargo, hay límites que no deberían atravesarse, dolores que no deberían provocarse, y mucho menos, a las personas que decimos amar...

¿Mariano estaba enamorado?, a simple vista, todo parecía mostrar lo afirmativo de la respuesta, amoroso, dulce, complaciente, no obstante, cada punto de luz estaba ensombrecido cuando llevaba su vista al reflejo que proyectaba en el espejo. Mariano era adicto del sexo, y tenía especial fascinación por humillar a su esposa con cada conquista.



Alexandra era bella, una profesional dedicada, con un concepto del sexo que, a más de uno, hacía sonrojarse y querer salir huyendo. Había tenido la fortuna que había llegado a su consultorio una mujer en su cuarto mes de embarazo. El rostro dudoso y la sonrisa forzada le mostró que aquello era todo, excepto una bendición. Eso sucedía a menudo y, personalmente, no hacía meollo en ella. No obstante, esta vez había sido diferente. El hombre que la acompañaba había trastornado su cabeza y, por primera vez, un leve sentimiento de vergüenza la invadió.

Era la ginecóloga de la esposa del hombre, no podía estar pensando en follárselo mientras hablaba con la mujer acerca del bebé en camino. Era sucio, incontrolable, la necesidad de poseerlo y hacer que no deseara a otra mujer más que a ella.

Resultó que, al principio, el reto parecía inalcanzable, hasta que una noche el celular sonó y supo que Mariano albergaba los mismos deseos oscuros que ella.

La primera vez fue desenfrenada y se percibió como totalmente errada y correcta al mismo tiempo.

La forma egoísta de cada uno, en donde buscaban tomar sin entregar nada, ese mismo egoísmo es el que les dejaba escaso margen para el remordimiento.

La piel de Mariano en su boca era sublime, aquel perfume que trastocaba sus sentidos y la hacía que en segundos se humedeciera. Cálido, tanto que a

veces ese calor los trascendía, desatando sus instintos sobre el otro, sin pensar en las consecuencias.

Alexandra se decía a sí misma que no era su culpa, después de todo, no había lazo afectivo que la uniera a la mujer, era su paciente, como las decenas que pasaban diariamente por su consultorio. La cuestión de Mariano era esencialmente distinta, era esposo y padre de tres hijos con esa mujer, que, infelizmente, esperaba el cuarto.

Deseo, era el pensamiento circundante en aquella habitación de hotel tres veces por semana. Podían tener sexo por horas, el cansancio no los embargaba, como si se tratara de 2 autómatas los cuales necesitaban aliviarse y huir de la realidad en la que estaban inmersos.

“Quiero que intentemos algo nuevo” – Alexandra tenía tantas fantasías en su pervertida mente, que, a veces, helaban la sangre a sus parejas de turno, no obstante, la personalidad dócil de Mariano en la cama lo hacía el compañero perfecto, siempre mostrándose ansioso por llevar adelante sus locuras.

Era asidua al BDSM y la sumisión masculina, la genuina sumisión, aquella que crece en la naturaleza y esencia de pocos hombres la excitaba como nada en este mundo. Mariano era lo que esperaba y mucho más en la cama, como si estuvieran atados y logaran su liberación en los brazos del otro.

Nadie en el mundo podría comprenderlos, tampoco lo deseaban, se rendían a la lujuria de sus cuerpos, a la humedad de sus sexos cada vez que colisionaban, a la sórdida relación dominante- sumiso, adorando cada sesión, llevando el éxtasis a un nuevo nivel. Más de una vez Mariano tuvo que evitar a su esposa días después de un encuentro, Alexandra no era asidua al látigo, pero sí a la fusta, marcando la nivea piel del hombre a punto de hacerla sangrar, encontrando placer en cada golpe que propinaba y Mariano, enloqueciendo con cada uno de ellos al recibirlos en su espalda baja.

Durante unas horas, eran libres de todo aquello que hacía el momento indebido, de los problemas, de las críticas, de los prejuicios, de los simples hechos que los condicionaban y de los seres que les impedían vivir en plenitud.

- Quiero que nos veamos hoy, te tengo una sorpresa – leyó el mensaje de texto mientras esperaba el semáforo verde en una esquina, sonrió, mordiendo su labio inferior
- Te veo donde siempre
- No llegues tarde, de lo contrario, tendré que castigarte...

Y Mariano no podía esperar a recibir cada castigo suyo, con esa mujer, ya

no se trataba de lujuria, sino de una necesidad, el hombre había comenzado a entender que su adicción no giraba en torno al sexo sino a Alexandra, al dominio que ejercía sobre él, como lo condicionaba en todo lo que este hacía.

Debía ponerle fin, sin importar lo bueno que fuera, estaba afectando su vida, algo que antes no le había ocurrido con sus conquistas de turno. Había tomado una decisión, esa tarde sería la última vez que vería a la mujer más allá de las consultas médicas.

Desafortunadamente, su fuerza de voluntad se extendió a sólo tres semanas, cuando Alexandra, cansada de las negativas de este lo citó en el consultorio para hablar de algo muy grave que había detectado en la salud de su esposa.

Su cabeza roída por el cargo de conciencia lo hizo revolverse en su basura varias veces hasta llegar al lugar. Todo había sido una farsa. Alexandra lo había manipulado cruelmente y en respuesta, Mariano se entregó a ella nuevamente en el mismo consultorio.

- Estás desquiciada ¿lo sabías? – señaló mientras presionaba suavemente el largo y suave cuello de la mujer que estaba sobre él, tratando de recomponerse del orgasmo

- Es tu culpa, tú me pones así, no vuelvas a dejarme...

Mariano cerró sus ojos, refugiándose en sus brazos, meditando la respuesta, luego tomó el rostro de la mujer y lo acercó al suyo, fundiéndose en un beso picante

- Jamás lo haré...

El Disfraz

*No soy como tú,
nunca lo he sido,
no tengo tus modales,
tu educación,
todo aquello que te hace hermoso a los ojos del mundo.
Tengo plena conciencia de quien soy,
de donde provengo,
de lo que puedo ser,
de lo que puedo perder*

Alicia amaba a Shawn, no tenía que ver con lo físico, ella jamás había sido superficial, pero se derretía con la sola idea de que esa masa de músculos se fusionara con su enorme cuerpo

¿Ser bello e inteligente eran características mutuamente excluyentes? Alicia lo creyó así hasta que conoció al castaño de ojos negros y piel caramelo, tan contrastante con su piel lechosa, lo vio y supo que debía tenerlo, aunque la vida se le fuera en ello.

Le había dedicado tantos párrafos a su magnífica presencia, litros de tinta derramadas en un papel por el simple hecho de alabar aquello que jamás sería tocado por sus dedos.

La cuestión era simple, el problema iba mucho más allá de su peso o de la mera idea de que el tipo no sabía de su existencia

En verdad, la cuestión era tan simple que se solucionaba con un detalle... un detalle entre las piernas...

El gran Shawn Green era gay, todos lo sabían, pero nadie hablaba acerca de ello. Era un secreto a voces, sin embargo, enfrentar el metro noventa y los cien kilos de este no era algo que todos quisieran.

Alicia, en cierto punto, entendió que tenían en común algo más que su amigo David, el miedo constante a mostrar quienes eran verdaderamente.

Los ojos de la chica parpadearon esa tarde, había llegado a casa extenuada, el bullying había sido peor que nunca la última semana. Ni siquiera era la chica más gorda de la escuela, pero había algo particularmente agradable y placentero en desdeñarla y lastimarla en mil partes cada hora que pasaba en el instituto.

David la había invitado a la fiesta de disfraces de Halloween, Alicia le había respondido que no iría, la casa del chico estaba en la otra punta de la

ciudad, y, honestamente, el ánimo no era el mejor.

- *Shawn estará allí...*

Y de pronto, una pequeña alegría embargó su pecho, un cosquilleo molesto y excitante. El iría, y verlo, aunque fuera por unos minutos más aparte de los que lograba en la escuela, representaba un triunfo.

No se limitaría esta vez, tenía una loca idea en mente, la cual venía gestándose de hacía meses, cuando descubrió el tipo de hombre que le gustaba al muchacho. Corpulentos, tan altos como él, como salidos de algún entrenamiento de rugby o de fútbol americano...

Había conseguido un traje de su primo el cual era mariscal de campo en otra ciudad, amplio, ideal para espaldas anchas como la de ella, era genial, esto, sumado a algunos cuantos cambios, le daría la libertad para pasearse sin ser fácilmente reconocida.

Tomó su largo cabello y lentamente lo tiñó de color azabache luego de cortarlo en capas a la altura de sus hombros, a eso le sumó un par de gafas que le daban un look interesante. La camisa funcionaba, cubrió su busto, ajustándolo para que ninguna protuberancia apareciera, sino que quedara tan lisa como si detentara unos buenos pectorales. Probó su voz, jamás se había destacado por sonar femenina, por lo que, fingir uno o dos tonos más bajos no era un problema. Era una idea tan estúpida, pero, no perdía nada con intentarlo.



Aquel traje impecable en el bello hombre con gafas de diseñador lo dejó perplejo, tan magnífico, macizo, un espécimen para dominar en la cama y sentirse sumamente poderoso haciéndolo.

Sería suyo esa noche, se acercó armando frases en su mente para asestar el golpe indicado y no morir en el intento, que es, justamente lo que sucedería, si se acercaba demasiado y el tipo no era homo o, al menos bisexual

- Buena fiesta – intentó de que su voz sonara amena, lo más calmada posible
- ¿Lo es? - indagó el hombre sin mirarlo, eso le dio unos segundo para escrutarlo detenidamente, cautivándose por cada uno de sus rasgos, piel tan blanca en la que adoraría arrastrar sus manos, sin rastros de barba, labios sublimes ¿podría desear otra cosa que no fuera sepultar

sus labios finos en aquella boca carnosa? ¿podría desear otra cosa que no fuera enterrarse en ese cuerpo tan profundamente hasta que gemidos salieran del lugar más recóndito de su garganta?

- Soy Shawn- extendió su mano de manera amistosa al chico, quien respondió al gesto de la misma forma
- Brad- la voz del muchacho provocó un espasmo en su zona baja. No sabía muy bien que estaba ocurriendo, pero su cuerpo reaccionaba de una forma tan traicionera que lo maldijo por eso
- No recuerdo haberte visto antes
- Probablemente no- una respuesta tajante que lo hundió en el misterio, con ganas de conocer más
- ¿Y bien?
- No se que quieres que te diga, soy amigo de David, he venido a divertirme un rato, eso es todo...
- Ok, y... ¿cuál es tu idea de diversión, Brad? – por primera vez la mirada de Shawn se centró en los ojos color miel, el chico, sin perder el tiempo lo sujetó de la nuca fuertemente y susurró en su oído
- Lo que tú quieras cariño...- Shawn se remojó los labios, esto había resultado demasiado fácil
- Vámonos de aquí – cruzó su mano, atravesando los pectorales del desconocido, como una invitación al deseo.

El muchacho lo siguió en silencio, entendiendo que esa noche cambiaría su vida...



Alicia se dijo a sí misma tantas veces que debía calmarse, los latidos de su corazón resonando en todo su cuerpo. Sabía lo que ocurriría, lo deseaba, pero no estaba segura de cómo reaccionaría Shawn cuando se percatara que el enorme hombre a su lado era en realidad una chica, nada menos que su compañera de clase invisible.

Apenas tomó asiento en la camioneta, sintió las manos de este sobre cada centímetro de su estructura, sobre su bulto artificial, se negaba a gemir, pero todo aquel fuego la estaba quemando desde el interior, las llamas eran tan vivas que pensó que la consumirían.

Había sido tan ansiado e inesperado al mismo tiempo. Ese disfraz le había

entregado en bandeja a ese hombre que ahora molía su erección contra su cadera.

Tenía miedo, tal vez demasiado, porque ese hombre se arrepentiría y lo peor de todo, la haría arrepentirse de toda esa trampa...

- Mi departamento está cerca, ¿vienes? - la voz ronca apenas audible mientras continuaba desperdigando besos en su cuello
- Sí- asintió de la forma más firme que su voz lo permitió, la adrenalina fluyendo a borbotones en todo su cuerpo. Era su oportunidad, ¿era realmente su oportunidad?

La sonrisa pícaro de Shawn fue como un impulso eléctrico en su zona baja, decir que sólo era hermoso, significaba menospreciar toda su imagen.

Como en un torbellino de deseo y niebla, las calles hacia el departamento del chico parecieron eternas. Su imaginación llegando a fronteras insospechadas y cruzándolas sin miedo, mientras la mano poderosa de Shawn no salía de su entrepierna al mismo tiempo que conducía. Un fuerte apretón la hizo saltar del asiento.

- Es por esto por lo que amo los vehículos automáticos- agregó Shawn relamiéndose los labios sin observar a Alicia

Llegaron al complejo de departamentos en silencio, excepto por el sonido de sus respiraciones, la noche en calma, ni siquiera un vehículo recorría las calles frías.

- Tócame – los orbes negros posándose en ella, quien obedeció sin pudores. Acariciando suavemente su ingle y luego deteniéndose en el respetable bulto. Volvió a aquellos ojos y encontró todo aquello que había esperado en Shawn desde el momento en que lo conoció.

La mano se movió presurosa entre la cintura del pantalón y el bóxer para luego llevarla hacia el sur, deleitándose con la textura, con la calidez, con la humedad.

- ¿Qué estás esperando? – el tono adusto de Shawn le mostró lo excitado y deseoso que estaba de su toque.
- Pídemelo
- ¿Qué dices?
- Lo que escuchaste – espetó con determinación, ejerciendo una leve presión sobre el glande, moviendo su pulgar en círculos sobre él, mientras la mano derecha de Shawn apretaba su brazo
- No
- ¿No? – indagó divertida, haciendo un movimiento ascendente muy

lento – pídelo...

- Muévete... por favor – repitió con un hilo de voz mientras acercaba su rostro al cuello de Brad y su lengua comenzaba a desplazarse por él – por favor...

El murmullo le trajo más deseo a Alicia que todas las caricias que había recibido. Comenzó a recorrer el pene de su amante en toda su extensión, presionando dulcemente sobre las venas dorsales, lo cual provocaba que Shawn se sujetara del asiento y mordiera sus labios para no deshacerse en gemidos.

- Te gusta esto- aseveró Alicia mientras el rostro enrojecido de Shawn sólo podía asentir.

El movimiento de ascenso y descenso continuó hasta llegar a un punto frenético. Era un sueño, debía serlo, la imagen del hombre al que le había dedicado todas sus poesías y frases más cursis se encontraba a su lado, gozando de su contacto, de su provocación, empapándola de besos y de su sudor. El líquido espeso colmó sus dedos y resbaló en ellos, los cuales continuaron con su movimiento hasta que no hubo rastro de erección.

- Cielos – agregó Shawn recomponiéndose del sensual orgasmo – ven, vamos, es tu turno...

Intentó acercarse a Alicia, pero esta lo frenó, debía hacerlo, la mentira había llegado a un punto en donde si cruzaban el límite no habría marcha atrás, y la chica, podía resistir muchas cosas, excepto el maltrato y el odio de su único amor.

- No, mejor me voy...
- ¿Estás loco? – el castaño se abalanzó sobre ella, tratando de desabrochar la camisa
- No, en serio, yo...no voy a gustarte...- el rostro divertido de Shawn casi la hace reír
- ¿De qué carajo estás hablando?, es imposible que me desagrades...
- Pero lo haré, sólo... dejemos esto aquí ¿sí?

Estaba a punto de llorar, toda la alegría y el desenfreno de hacía unos minutos se había difuminado en el aire.

- Adiós Shawn – sujetó el rostro del chico y dejó un beso en sus labios, rápidamente descendió del vehículo y comenzó a correr mientras que el castaño se debatía entre seguirla o dejarla marchar....



Shawn llegó a su departamento entre enojado y confundido. ¿Qué es lo que había hecho mal?, todo había fluido deliciosamente entre él y Brad. Los besos, las caricias, y, estaba convencido que esa emoción había sido recíproca. Su mente viajó a la despedida, tan fugaz, sin posibilidad de reacción. Debía encontrarse nuevamente con él, ese hombre que lo llevaba a navegar en el deseo más que cualquier otra persona. Sería suyo, había marcado su sentencia en el instante que correspondió su toque.

Regresó a la escuela ese lunes, envuelto en una marea de interrogantes sobre el tal Brad. Seguramente era conocido de David, hablaría con él.

Como era su costumbre David hacía de galán con una que otra chica en la puerta del instituto. Rápidamente lo calzó de la mochila e hizo que lo siguiera

- ¿Se puede saber que te ocurre?, tal vez para ti sea una tarea fácil follar, pero para mí no, y estaba a punto de conseguirlo...
- Necesito tu ayuda, y no te preocupes, si eres de utilidad, voy a conseguirte un harén sólo para ti...
- ¡Vaya! - la risa socarrona de David no se hizo esperar – pero bueno, esto debe ser todo un reto ¿qué necesitas?
- Necesito información de Brad – el rubio frunció el ceño, su mente viajando a todos sus conocidos
- ¿Brad? ¿y quién se supone que es ese?
- Moreno, casi tan alto como yo, enorme, rostro de niña
- Veamos mmmm, nop, no conozco a nadie así...
- Pues estuvo el viernes en tu casa y necesito ubicarlo – David se encogió de hombros
- Lo lamento Shawn, seguramente fue con alguien que me conocía, tú sabes cómo funciona esto, vas con “un conocido de un conocido de un conocido”, en fin, no necesariamente tienes que saber quién es el dueño de casa

Shawn se afirmó en la pared cruzándose de brazos, era verdad, ir a una fiesta no implicaba para nada saber quién era el anfitrión.

- ¿Qué carajos voy a hacer ahora entonces?
- Cálmate hombre – David se acercó preocupado - ¿de quién hablamos? ¿del amor de tu vida? – trató de bromear, pero Shawn hizo una mueca de desagrado, esto no podía estar pasando

- Tengo que encontrarlo, sólo ayúdame ¿sí?
- Bien, si averiguo algo te aviso...- El castaño apretó el hombro del chico con fuerza.
- Gracias

Agarró la mochila y se dirigió a su aula antes de que el timbre sonara...

La mano derecha de David se movió hacia su barbilla para rascarla. Esto era una novedad. Shawn jamás se había mostrado muy interesado en nadie antes. Una noche siempre había bastado, se tratara de una mujer o de un hombre. David era uno de los pocos que conocía toda la verdad, la real inclinación del castaño, al margen de sus conquistas femeninas, eran los chicos los que lo hacían perder la cordura. Habían sido amigos desde que tenían cinco años, casi la misma cantidad de tiempo que con

¡Mierda! – la mano viajó hacia su boca para cubrirla, recordando la llegada de Alicia a su fiesta ese viernes.

- *¿Se puede saber qué te pusiste? ¿y qué mierda le hiciste a tu pelo?*
- *Hoy no seré Alicia, y, este hombre, está dispuesto y abierto a todo...*
- *¿Estás completamente loca?*
- *Si tengo suerte, encontraré a alguien que esté tan loco como yo...*

Estaba en una maldita encrucijada, sus dos mejores amigos, no podía traicionar la confianza de Alicia, debía respetar su posición. Luego, pensó en la idiotez de Shawn ¿estaba ciego o qué? ¿acaso no se había percatado que el extraordinario hombre era en realidad su compañera de clase? ¿alguna vez siquiera había mirado al banco contiguo? ¿aunque fuera para pedir las respuestas de un examen?

David cayó en la cuenta de que algo debió haber quedado a la mitad, era poco probable que Alicia se hubiera acostado con él, de lo contrario, el tipo no estaría buscando al tal Brad con desesperación.

Sacó el celular de su bolsillo y le escribió a la chica...

- Reunión de emergencia ¡ahora!
- ¿Tan mal? – preguntó rápidamente
- Peor...
- Ok, nos vemos en el jardín trasero.

David se desplazó rápidamente al lugar, evadiendo a todos sus conocidos, como si fuera el guardián de un gran secreto, bueno, en parte lo era, sentía que el destino amoroso de sus amigos estaba en sus manos.

- Bien, ¡ya estoy aquí! – exclamó alegremente Alicia
- ¿Se puede saber qué hiciste?
- ¿Cómo?
- Shawn Green – el rostro desencajado de la chica lo dijo todo - ¿te gustó burlarte de él?
- ¡Espera! ¡no es así! – exclamó la chica bajando su voz
- Bien, soy todo oídos, dime qué pasó...

Y entonces, Alicia suspiró con un aire de resignación, contando con detalle lo que había sucedido, no se avergonzaba, hablar con David era lo más parecido a dialogar con un hermano.

- Esto es genial – reclamó enojado – pues ahora quiere más del tal Brad, ¿te das cuenta del embrollo en el que te has metido?
- No sabía que lo afectaría tanto
- ¿Qué si el tipo se volvía insistente en ir al próximo nivel? ¿qué hubieras hecho?
- Lo fue – interrumpió – apenas pude contenerme con el poco raciocinio que me quedaba, el desea a Brad, y es una ilusión...
- Habla con él
- ¿Qué? ¡No! ¿Con qué cara crees que puedo acercarme a él?
- Con la misma con la que lo sedujiste el viernes- Alicia negó con la cabeza repetidas veces, una súplica dibujándose en su rostro
- Por favor, David, no, todo menos eso
- Si piensas que la carita de cachorrito tierno te va a funcionar desde ya te digo que no, esto es serio Alicia, está trastornado por ti, vamos, ninguno de los dos merece esto

Alicia tomó los mechones que caían sobre su ojo y los llevó detrás de las orejas. Su mirada hacia el piso, tratando de buscar una solución.

- Bien lo haré, hablaré con él...



El reloj de la cafetería marcaba las tres de la tarde, las agujas del maldito al parecer habían decidido no moverse. Había llegado media hora antes, ni siquiera supo cómo había conducido para arribar al lugar luego del mensaje de Brad. Al parecer, David le había dado su número.

Allí estaba, recién duchado luego del gimnasio, más que listo de terminar

lo que había quedado inconcluso. Estaba enfocado en su celular cuando una voz lo hizo girar su vista a la enorme figura frente a él

- Hola Shawn- los ojos de Brad se veían más claros con la luz del sol, su piel más resplandeciente, era hermoso, más que cualquier otro chico en el que se había fijado antes, tomó asiento frente a él.
- ¿Café? – el chico asintió mientras que Shawn hacía una seña a la camarera para que le trajera una infusión más – sí que eres difícil de encontrar, sin Facebook, sin Instagram, me dejaste sin chances
- Lo lamento – respondió en un tono lúgubre – pensé que esto no iba a ir más allá de una noche
- ¿Una noche? – rio y se echó hacia atrás en la silla - ¿llamas a eso una noche?, te largaste en los preliminares, ¿qué pasó? ¿de repente no te parecías atractivo?
- No, eso no tiene nada que ver, el asunto es... un poco más complicado que eso...
- Brad – sujetó la mano del muchacho y la acarició suavemente – quiero que me digas la verdad...

Parpadeó varias veces hasta que hizo lo que Shawn ordenó. Era el momento.

- Yo...no me llamo Brad
- Puf – interrumpió el castaño- ¿qué importa?, no esperaba que me dijeras tu nombre verdadero de todas formas
- No, espera, es más complejo que eso...
- ¡Vamos entonces!, soy un niño grande, puedo superar frustraciones

La risa burlona hizo a Brad quebrarse y lanzar la verdad sin anestesia

- Shawn, soy... Alicia Moriarty, tu compañera de clase
- ¿Quién? - replicó aturdido, tratando de hacer cuadrar el significado de lo que su amor fugaz había lanzado
- Lo lamento, no había forma que me dejaras estar cerca de ti de otro modo...

Se puso de pie, la vergüenza cayendo sobre su imagen, mientras que el rostro de Brad o Alicia o como fuera que se llamara era un mar de dolor.

- ¿Cómo te atreves a jugar conmigo?
- Perdóname, Shawn, no quería hacerte daño, tan sólo, deseaba saber que se sentiría al tocarte- la angustia y la confusión dejó paso a la ira en Shawn
- Afortunadamente no eres un tipo, de lo contrario te hubiera golpeado

hasta hacerte sangrar...

Agarró la chaqueta y se alejó chocando con unos comensales que recién ingresaban...



Semanas pasaron luego del encuentro en la cafetería, las cosas parecían que seguían con total normalidad.

Shawn continuaba robando corazones, Alicia seguía recibiendo las burlas de sus compañeros. Ninguno de los dos se habían dirigido la palabra después de ello, como siempre lo habían hecho. Antes de ese viernes Shawn ni siquiera se percataba de la existencia de ella ¿por qué cambiaría ahora? ¿por qué le importaría lo que pudieran hacerle?

Sin embargo, todo aquello era una fachada, como una muralla que tenía pequeñas fisuras, Alicia lo había herido, lo admitiera o no.

- ¿Se puede saber qué te pasa? – indagó David golpeando la cabeza del chico con el libro de matemáticas – apresúrate, debemos terminar esto, no quiero reprobar matemática
- Pues no hubieras aceptado ser mi compañero – agregó Shawn con fastidio mientras agarraba por enésima vez el celular
- ¿Qué estás viendo? – se acercó para observar la pantalla sólo para encontrarse con el perfil de Alicia
- No me molestes...

David lo analizó por unos momentos, la ira permanente se reflejaba en su mandíbula tensada.

- ¿Puedo preguntarte algo?
- Lo harás lo mismo, así que, adelante
- ¿Qué es lo que más te molesta? ¿Qué Alicia no sea un chico o qué de repente la encuentres interesante?
- ¿Eres idiota o qué? – preguntó dejando el celular sobre la mesa – no estoy interesado en ella, no existe ni una remota posibilidad para ello
- ¿En serio?
- Sí, en serio, y ya deja de preguntar estupideces, y termina eso...

David tomó una de las hojas y se la entregó a Shawn.

- Si dije que sí a ser tu compañero, es porque eres el mejor en esto,

ahora, si no tienes las pelotas de reconocer lo que en verdad te gusta no es mi problema. Agarra esta hoja y completa los ejercicios, necesito una A y no hay forma de lograrla sin ti...

Shawn puso sus ojos en blanco y comenzó a resolver cada ejercicio. David sonrió un momento y continuó con su trabajo.



El rostro exangüe de Alicia era la síntesis en lo que se había convertido su vida. Acostada en su cama, fingiendo malestares inexplicables sólo para evitar ir a la escuela, perdiendo de este modo el tercer examen del mes.

Era difícil, toda su vida había padecido el maltrato, primero de su madre, quien no se cansaba de restregarle en su cara lo hermosa que ella había sido en la juventud mientras que su hija era una montaña tosca y sin gracia. Luego, sus compañeros quienes replicaban los insultos de su madre, pero siempre elevándolos un poco más.

El único aliciente de su vida se había desmoronado, Shawn Green era sólo un sueño que se había transformado en su pesadilla.

Dolía, era un dolor que comprimía su piel, que la sofocaba, que le mostraba que el deseo por aquel hombre no había mermado ni siquiera un poco. Había sido una tontería, fingir algo que jamás sería, al menos no en esta vida.

Un nuevo mensaje llegó a su celular, seguramente era David para sermonearla por no haber asistido al examen de matemática. Sus ojos casi salieron de sus órbitas cuando observó el emisor de este.

- Tengo que verte...- ¿era una broma?, sí, eso debía ser, Alicia elaboró miles de preguntas y millones de respuestas en su convulsionado cerebro, ¿qué podía querer de ella ahora?

No sabía qué responder, se encontraba perpleja.

- Te espero en una hora en mi departamento Alicia, no llegues tarde...

Saltó de la cama, y comenzó a caminar de un lado hacia otro, el corazón tronando en su cabeza, los jodidos latidos no le daban lugar a pensar, tal vez, el tipo lo había reflexionado y ahora sí quería golpearla, había una gran posibilidad de eso, después de lo sucedido.

Se colocó un pantalón de chándal color negro junto a una chaqueta fucsia y a una sudadera blanca. Dios, debería hacer algo con los senos los cuales se

veían demasiado grandes con ese atuendo, pero, el lavarropas se había descompuesto y era la única ropa limpia que tenía. Salió allí rumbo a la parada de autobús, no tenía dinero para un taxi, y debía recorrer toda la ciudad para llegar al departamento de Shawn...

Una hora después llegaba al lugar, en verdad era lindo, no había podido observar nada del sitio la última vez que estuvo allí, bueno, de hecho, no había podido ver nada excepto la erección de Shawn que había crecido en su mano. Subió las escaleras y dio dos pequeños golpes en la puerta. Silencio absoluto, esperó por un minuto y volvió a hacerlo, el resultado fue el mismo. Tragó saliva, tal vez, esta era la venganza de Shawn. Con su rostro apesadumbrado estaba a punto de retirarse cuando la puerta se abrió estrepitosamente, un Shawn recién duchado y con un suave perfume a menta y vainilla salió a recibirla.

- Perdona, estaba en el baño, ven pasa...

Alicia estaba sin habla, sin respiración, incluso creyó por un momento que estaba sin vida, era fascinante, más que eso, y ni siquiera tenía idea de lo que provocaba. Lo siguió lentamente hacia la sala, las pulsaciones regresando poco a poco y acelerando, sí, definitivamente sufriría un infarto.

Shawn hizo una seña para que tomara asiento, y se colocó a su lado, muy cerca de ella.

- ¿Qué necesitas? – el tono asustado hizo que el chico quisiera despejar todos sus temores a base de caricias y besos

- Te necesito a ti...

Y sin darle posibilidad de respuesta Shawn la tomó de sus mejillas y la besó profundamente, con un deseo incommensurable, como la primera vez que sus bocas se rozaron, cuando Alicia era Brad. El beso se extendió por minutos, la lengua de Shawn moviéndose por toda la cavidad bucal, mordiendo el labio inferior y luego asestando pequeñas mordidas al superior, mientras que la chica sólo se sujetaba a sus hombros, tratando de contener el torrente de emoción y deseo que fluía desde su cabello hasta sus pies.

- Shawn...- aquel susurro hizo al chico retirarse un segundo, respirando sobre su piel, reposando después de aquel arrebató

- Alicia, Brad, no me importa quien seas, me gustas, en verdad, me gustas mucho, dime qué podemos intentarlo...

Los ojos miel brillaron con fuerza en ese instante, volviéndose vidriosos, su cuerpo anhelando cubrirse con cada fibra corporal de Shawn. Sí, estaba sucediendo y si era un sueño, jamás quería despertar de él.

- Las veces que tú quieras...

Shawn sonrió por un instante, antes de asaltar el cuerpo que estaba frente a él con su boca, absorbiendo cada porción, adueñándose de su ser, y amando la felicidad de aquello...

Prohibido

¿Es incorrecto desear a la hermana de tu mejor amigo?, los códigos masculinos dirían que sí, *“las hermanas de los amigos tienen bigote”*. Elemiah siempre se había reído de ese lema, sobre todo, porque se habría follado a Lena, la hermana de Tom así tuviera una barba como la de Santa Claus.

Le encantaba todo de ella, siempre lo había hecho y, cuando tuvo un pequeño margen de acción no dudó. Irónicamente fue en la fiesta de cumpleaños de Tom, sus 18 años, la chica era dos años menor que los muchachos. La mirada azulada entre tierna y nerviosa le había mostrado la misma urgencia que él tenía.

“Mi hermano nunca debe enterarse de esto” – la situación se tornó algo difícil, teniendo en cuenta de que no fue la única vez que sucedió, aunque eran plenamente conscientes de que ambos estaban prohibidos. Era un código estúpido, que nada tenía que ver con la amistad o la lealtad que pudieran llegar a tener.

Después de un año Elemiah tuvo que partir a estudiar a otro estado y, entonces, la pseudo-relación se volvió intermitente hasta que terminó diluyéndose en el tiempo.

Coincidieron nuevamente en una nueva fiesta de cumpleaños de Tom, dos años después, cuando los muchachos se reencontraron en el aeropuerto y no dudó en invitarlo.

Elemiah estudiaba cine, Lena estaba en la escuela de derecho. La chica era hermosa, siempre lo había sido, pero ahora, lucía como un destello que encandilaba a quien posara sus ojos en ella.

La morena bailaba con sus amigas al son de la música latina de moda, sus caderas contorneadas se movían sensualmente mientras cerraba sus ojos y mordía su labio inferior. Lo estaba provocando, el rubio lo sabía, mientras este se encontraba sentado en una silla, con una lata de cerveza en la mano, intentando desviar la mirada de quien se estaba convirtiendo en su objetivo. Su vista fue hacia Tom, quien casualmente estaba enfocado en él y se acercó rápidamente.

- ¿Todo bien? – asintió con un nudo en la garganta, tratando de mostrarse impasible
- Brindemos amigo, por los viejos tiempos- ambos chicos chocaron sus bebidas con tal fuerza que parte del contenido se derramó en el

piso haciendo que ambos se carcajearan

- Creo que iré a dormir
- ¿Estás loco? ¡Es tu fiesta!, se supone que deberías estar eufórico
- Ele, sabes que ese no es mi estilo, más bien es el tuyo- ambos volvieron a reír mientras Tom apretaba su hombro y se alejaba subiendo las escaleras de su casa hacia su habitación

Buscó nuevamente a Lena entre la multitud, esta vez, sin suerte, al parecer, se había marchado, eso era decepcionante, pensaba recordar viejos tiempos con ella y armar recuerdos nuevos que los acompañaran por varios años más. Miró su reloj, pasaban las 2 de la mañana, debía tomar un avión al día siguiente. Colocó la pequeña lata vacía sobre la isla de la cocina y decidió ir al baño antes de marcharse.

Mojó su cara, tratando de despabilarse, cuando la puerta se abrió estrepitosamente y una figura conocida ingresó.

- ¿Dónde carajo estabas? – Elemiah se afirmó de espaldas al vanity y le dio una leve sonrisa
- Estoy a punto de marcharme
- No todavía – la respiración entrecortada de ambos, el deseo envolviéndolos. Obligándolos a abandonar sus pensamientos.

Sus cuerpos se rozaron, la tibieza, como si se tratara de los primeros rayos de la mañana, sus alientos se entremezclaron y sus bocas confluyeron en un beso picante, profundo, aquellos que la chica sólo obtenía del rubio, abriendo la puerta a una noche, que, para ambos, recién comenzaba...

Autoridad

La primera noche en el presidio fue un infierno para Emilia. El motivo nada tuvo que ver con las amenazas de sus compañeras de pabellón, ni mucho menos con algún intento de perpetrarle un daño físico.

La imaginación, la maldita imaginación que creaba cada vez formas más divertidas de torturarla. El simple hecho de proyectar el dolor en el cuerpo y la supuesta necesidad de sus compañeras de infligírselo

Nada de eso sucedió esa noche, la mañana llegó y ella continuaba sin un rasguño. Había sobrevivido una, de las miles de noches que pasaría en aquel lugar, luego de haberse declarado culpable del asesinato de uno de sus clientes. Había aceptado una condena reducida de 4 años. El tipo había estado bajo los efectos del alcohol, la había golpeado y abusado de ella. Por esto, cuando Emilia tuvo el arma del maldito policía en su mano no dudó un instante en apretar el gatillo. Había matado un hombre de la ley, un malnacido que ni siquiera se merecía respirar y que echaba por tierra todo lo que un buen policía debía ser y la investidura de lo que significaba. Sin embargo, el gatillo se había presionado, y ella, una infeliz que apenas tenía para comer no había conseguido un abogado decente. Había imaginado demasiadas cosas malas en su vida, y de muchas había sido protagonista. Ahora, en la fila, para recibir el miserable desayuno, fue dolorosamente consciente de que su mundo había terminado de derrumbarse, hasta volverse cenizas, las cuales, eran desparramadas por el viento.

- ¡Respeten la fila! ¡Avancen! – la voz poderosa resonó, haciendo que todo a su paso se silenciara. La rubia cabellera que caía ligeramente en mechones lo hacía el hombre más apetecible que la chica había visto en su vida.

Pensó en los cientos de clientes que había atendido a lo largo de los cinco años que estuvo en las calles, ¿por qué jamás un hombre como él posó sus ojos en ella?

El oficial Alan Ackermann, odiado y temido por todas, tan estricto, tan apegado a la ley, tan espectacular que dejaba a cada mujer sin aliento y era el protagonista de todas sus fantasías en la soledad de sus camas en las frías celdas.

- La 2517 muévete, es tu turno- Emilia se había paralizado, todo su cuerpo, deseaba moverse, pero el cerebro había quedado sin armas, inerte, impidiéndole dar un jodido paso.

El oficial estaba molesto, se acercó y tomó el brazo de la joven para que esta reaccionara, los ojos de ambos se cruzaron.

El matiz azulado se perdía en las pupilas del hombre, sus brazos poderosos, una vena verdosa que sobresalía en uno de sus bíceps, la camisa en escote V y la pequeña gota de sudor que caía y era, rápidamente absorbida por la piel de ese maravilloso cuerpo. Un olor a menta y maderas la sacudió, la nuez de Adán del hombre se movió en aquel instante, fue justamente eso, un segundo de férrea atracción entre ambos, que no pudo pasar desapercibido para ninguno en aquel lugar enorme, que ahora estaba inundado por el silencio.

- *Sólo tómame y hazme olvidar que estoy aquí-* fue un sueño que inundó las noches de Emilia en aquel sombrío lugar, a partir de ese momento...

El primer encuentro ocurrió en una de las visitas médicas. Alan la había escoltado de regreso a la celda. Fue una acción rápida, que los condujo a dejarse guiar por el instinto y, al oficial, a adorar los gemidos que salían de esa dulce boca mientras la atornillaba sin miramientos contra la pared.

Sus encuentros se daban sin mediar palabras, dejando que sus cuerpos se expresaran y revelaran lo que en verdad sentían el uno por el otro. Tan primitivo, tan oculto, un secreto que debía ser guardado en forma perpetua. Al cabo de un tiempo, la relación comenzó a fluir y las charlas se hicieron presentes entre ellos.

Alan entendió lo que Emilia había sufrido, como su pasado la había marcado de formas inimaginables, ahora, él debía protegerla, dentro de aquellas paredes de concreto en donde ocurrían hechos oscuros y aberrantes, pero también, florecían sentimientos cálidos como los que ellos habían comenzado a albergar el uno por el otro.

Dos años después la condena de Emilia fue abreviada y pudo salir de aquel lugar, debería estar feliz, sin embargo, contra todo pronóstico, no lo estaba, ¿cómo podría?, estaba abandonando el único lugar en el que se había sentido amada, respetada. Alan jamás había formulado promesas de amor eterno, ella jamás las necesitó. Ella una obviedad que le importaba, cada persona circundante se daba cuenta de ello.

- Mañana serás libre – Emilia lo escuchó susurrando en su cuello, detuvo su vista un instante en sus ojos, en su cabello oscurecido por el sudor del encuentro furtivo – voy a extrañarte

La chica tragó saliva, hubiera anhelado que Alan le pidiera algo más que un encuentro sexual, que impidiera que eso fuera su despedida, sin embargo,

nada de eso ocurrió. Emilia salió al día siguiente llevando sus escasas pertenencias y volviendo a las calles, al lugar donde todo había comenzado.



Alan se dirigía a descansar después de su guardia nocturna. Los dos meses siguientes a la partida de Emilia habían sido un caos. Su personalidad irritable, agresiva lo había llevado a tener problemas incluso con sus compañeros de trabajo.

¿Extrañaba a Emilia?, mierda que sí, era la única respuesta posible a toda la locura en la que su vida se había convertido. ¿Por qué simplemente no le había pedido una cita? ¿por qué perderla ahora que era libre, que sus encuentros ya no se limitarían a quince minutos de desenfreno luego de la revisión médica semanal? ¿cómo había sido capaz de sobrevivir con sólo quince minutos de ese cuerpo?

Eran demasiados interrogantes, y las respuestas giraban en torno al mismo nombre. Fue entonces que se decidió a buscarla, pero ¿cómo?, la chica nunca había tenido residencia fija, viviendo en la calle la mayor parte del tiempo, encontrarla se asemejaba a hallar una aguja en un pajar.

El invierno se había instalado en la ciudad con todas sus fuerzas haciendo que todo el paisaje se tiñera de blanco, pensó en Emilia, en la situación en la estaría y se maldijo por ello.

Buscó incansablemente por quince días, hasta que se dio por vencido. Emilia ya no vivía en ese estado, estaba casi seguro de ello, había visitado cada refugio, cada casa para personas sin hogar, cada prostíbulo y el resultado había sido nulo. Sus fuerzas estaban mermando y pensó que las de la chica también lo habrían hecho a esas alturas.

- La conozco – la prostituta observaba detenidamente la fotografía que Alan le mostraba – trabaja con Pietro, búscala en la próxima calle, seguramente estará allí.

Un escalofrío invadió su cuerpo, la culpa cayendo sobre sus hombros, Emilia le había relatado su calvario trabajando como prostituta ¿por qué había permitido que ella volviera a eso?, silenció su mente, el desastre ya estaba hecho, se había equivocado y debía enmendar el error.

Los muebles maltrechos y el olor nauseabundo rodeaban aquel lugar, era un antro de mala muerte. Su estómago se revolvió, trayendo al pensamiento a

su pequeña flor en ese lugar.

- ¿Buscas a alguien en particular? - la barba descuidada y la barriga cervecera del dueño de la pocilga le hizo hervir la sangre, rápidamente puso la fotografía sobre la vieja mesa.
- A ella, la quiero...- el tipo se acarició la barriga e hizo una mueca de desdén
- ¿La pequeña Mila?, pierdes tu tiempo, la perra no ha querido trabajar desde que ha regresado hace una semana, estaba a punto de echarla a patadas de aquí – el corazón de Alan saltó de alegría
- Entrégamela, yo me encargaré de ella, ¿cuánto quieres?
- Doscientos dólares y es tuya, llévatela si quieres, no me sirve...

Lanzó el dinero sobre la mesa y se dirigió hacia las habitaciones. La número 12, sus dedos temblorosos acariciaron el picaporte y lo giraron lentamente. Ingresó y una luz tenue iluminaba la pequeña habitación, una cama desarreglada con una mujer acurrucada en ella, con un camisón negro. El rubio recorrió cada centímetro de su estructura de sus tobillos, bordeando sus pantorrillas hasta llegar a sus caderas pronunciadas y su trasero respingón. Tragó saliva, era ella, era su Emilia. La mujer estaba asustada, podía percibirlo en cada respiración. Caminó unos cuantos pasos y se acomodó en la cama, a su lado, apenas rozando sus brazos el cual tenía algunos moretones. Se odió, en ese momento, se percibió a sí mismo como el peor de los hombres.

- Por favor, no puedo, perdóname ...- la voz angustiada al borde del llanto lo hizo que su pecho se colmara de sensaciones desconocidas, quería envolverla con cada fibra de su ser, volverla intocable a los ojos del mundo.
- Estoy aquí Emi, y jamás me alejaré de ti...- pronunció en su oído lo que hizo que la chica abriera sus ojos y se dejara abrazar por los amorosos brazos de su amante.
- ¿Por qué tardaste tanto? – Alan esparció besos por su nuca y por su espalda suavemente, permitiéndole a Emilia aceptar la dulce irrupción en su ser
- Perdóname...

La chica se giró buscando abrigo en el pecho del hombre, concentrada en el corazón palpitante, no lloraría, porque la alegría era tal que las lágrimas jamás podrían cuantificar aquello.

- ¿Cuántas horas pagaste? – indagó con su cabeza acomodada en los pectorales tonificados. El rubio sonrió y pasó su mano entre los

cabellos lacios.

- Vámonos de aquí y te demostraré que las horas a partir de hoy serán insignificantes...
- ¿Es una promesa?
- No, es una sentencia perpetua...

Lecciones

Matemática, la palabra causaba escozor en la mente y en la boca de Hanna. Joel Sáenz era un imbécil, había profesores malos, pésimos, detestables, desdeñables y Joel Sáenz, lo peor de todo, es que su materia estaba ligada a toda la carrera que había elegido, y esto recién empezaba.

El primer año de universidad fue convulsionante, vivía en el campus, alejada de su familia por varios kilómetros, con escasos amigos a los que recurrir, pero, a pesar de todo, lo estaba sobrellevando. Su padre había tenido razón, esto la fortalecería, y, además, le demostraría que vale la pena pelear por sus sueños, bueno, cada clase con Joel hacía que aquella frase no fuera tan dogmática ni alentadora.

Lo odiaba, su falta de interés por el alumnado, por sus quejas, por sus reclamos, por sus consultas. Aquel aire de sofisticación que lo engalanaba, que hacía que varias babearan sobre el pupitre, ansiando, ilusamente, una mirada de aquel hombre que tenía muy en claro que era deseable, y que ninguna de sus alumnas valía la pena.

El examen había pasado, y las víctimas habían caído como moscas, un curso de 100 personas, de las cuales sólo 5 habían resultado afortunadas. Hanna quería decirle tantas cosas, demasiadas, empezando por el simple hecho de que combinar la corbata verde con sus ojos la distraía cada vez que necesitaba memorizar una fórmula, tenía que hablar con él, pero no por motivos sentimentales, ella jamás sería capaz de aproximarse con otras intenciones. Era un ejemplar cautivante, nadie en su sano juicio podría negar aquello, sin embargo, la repulsión que su actitud le generaba hacía muchas veces que su cabeza replanteara la idea. Necesitaba aprobar, en el último examen había estado cerca, tal vez, si podía cruzar unas míseras palabras con él, mostrarle que estaba dispuesta a hacer tareas extra, a luchar por su calificación, el “corazón” del hombre se ablandaría, en el caso de que tuviera uno.

- Profesor Sáenz – lo persiguió por el pasillo, enfocándose en su caminar rápido, en sus piernas largas, contorneadas, perfectamente musculosas. El hombre se detuvo y giró sobre sus talones.

Hanna frenó en seco, sin embargo, no fue suficiente, por lo que se topó con el amplio pecho de su odiado, temido y adorado profesor.

- Yo... lo lamento, necesito... – y con sus ojos llenos de inocencia

infinita observó el rostro apacible de Joel, ahogando cada vocablo que luchaba por salir.

- ¿Usted es?
- Hanna Pratt, soy alumna suya – el hombre dio los primeros signos de vida desde que lo conocía, con un leve movimiento de sus cejas.
- ¿Qué deseas? – y entonces la chica tuvo varias ideas de lo que quería en torno a ese hombre, sin embargo, se concentraría en la más importante.
- Quería pedirle si hay alguna posibilidad de realizar una tarea extra para poder...
- ¿Tarea extra? – interrumpió Joel – los exámenes pasaron Srta. Pratt tuvo su oportunidad de aprobar
- Lo sé, pero realmente estuve muy cerca y pensé...
- Estuvo cerca...- el hombre se cruzó de brazos, su rostro adquirió su característica severidad – ¿no estuvieron cerca también los 95 que reprobaron?, aproximarse al resultado no significa lograrlo Hanna, tenga en cuenta eso la próxima vez que desee molestarme por una calificación...

Sus ojos pestañearon, una emoción extraña recorriendo su cuerpo, Hanna, la había llamado Hanna, era una proeza, el tipo había recordado su nombre, contra todo pronóstico, lo había hecho. Tuvo esperanzas, después de meses de lucha, vislumbró una luz al final del túnel.

- ¡Por favor!, ¡se lo suplico!, necesito aprobar – la dignidad quedó sepultada en aquel instante, se ataría a su objetivo, sin importar todo lo que debería sacrificar para lograrlo.

Joel giró hacia ella una vez más, y escrutó su rostro detenidamente. Las pestañas que enmarcaban los ojos grandes y delicados, el cabello cuyos rizos ensombrecían su frente, las mejillas algodonosas, los labios llenos y maduros como cerezas en el mes de abril. Era hermosa, y, por primera vez en mucho tiempo, una mujer llamó su atención.

- Mañana a las 9, no llegue tarde, sabe cuánto odio la impuntualidad- Hanna parpadeó y casi se dio un pellizco para corroborar efectivamente que no estaba soñando. Joel Sáenz había cedido, y aquello, era una hazaña mayor a la de Aquiles en la Ilíada.



El lápiz abandonaba su mano constantemente, sus dedos trémulos hacían el trabajo demasiado difícil. Trató de no parecer nerviosa, sosegando el corazón galopante. Joel apareció en aquella aula vacía y todo lo malo que pudiera haber pensado de ese hombre se desvaneció.

- Profesor...- se puso de pie con la velocidad de un resorte, tratando en vano de no lucir ansiosa.

Joel observó la sudadera roja que parecía tatuada al cuerpo perfectamente esculpido de la muchacha. Tragó saliva, conteniéndose, dejando que todo rastro de humanidad quedara sepultado. Era su alumna, sólo eso... una alumna, que deseaba aprobar y no volver a verlo jamás.

- Hanna...- ni siquiera recordaba su apellido, ella era Hanna, simple, pura, bella como un día soleado, iluminando todo el salón.

Con un ligero ademán, le indicó que tomara asiento, lo cual hizo tan rápido como pudo.

- Gracias – la sonrisa brillante, manipuladora hizo a Joel remojarse los labios.
- ¿Por qué?, aún no hemos hablado de lo que debes hacer por la calificación... estás reprobada todavía – se encogió de hombros con un toque despreocupado
- Se lo difícil que es para usted dar otra oportunidad, es eso lo que le agradezco, su confianza.

No debería ser tan asombrosa, aquella frase pudo tener la más inocente connotación, pero no para Joel, la deseaba, desde el instante en que la observó la tarde anterior. No había podido dormir, sus pensamientos recurrentes en torno a aquella niña que lo había hechizado, que ejercía un magnetismo implacable, que le mostraba que estaba vivo y que era humano.

- ¿Por qué reprueban?
- Disculpe – la confusión trajo más belleza al semblante que lo estaba llevando al borde de la locura
- Ustedes... tú, tus compañeros, siempre es así, el 90 por ciento de mi alumnado no pasa mis exámenes, ¿a qué se debe?

Indiferencia había sido el rasgo característico de Joel en los diez años que llevaba al frente de una clase, los chicos eran irresponsables, tontos, y, desafortunadamente, aprendían de la peor manera que el mundo es duro, que nadie regala nada y que, a veces, es mejor que las desilusiones lleguen temprano.

Ahora, el panorama se mostraba diferente, casi, de una manera agradable,

terroríficamente dulce.

- Usted es... un profesor difícil...- Joel enarcó las cejas con sorpresa mientras que la chica sonreía garabateando su cuaderno, avergonzada
- Ese no puede ser el motivo, al menos, no el de todos
- No puedo hablar por todos mis compañeros, sólo puedo hablar por mí. Sus exámenes se extralimitan, me llevan a esforzarme cada vez más, tanto, que a veces siento que es inútil ya que nunca consigo el resultado. Es un hombre difícil profesor Sáenz, para mí lo es...

El profesor abrió y cerró la boca varias veces, intentando armar un diálogo, que aquella conversación no fuera una extensión de sus clases, él quería, necesitaba ahondar en la personalidad de la maravilla que tenía frente a él.

- No lo soy Hanna, soy simple, me gusta que las personas den el máximo de sí, ese es el motivo por el cual muchos fracasan, no están dispuestos al sacrificio, no lo desean verdaderamente
- Eso no es verdad – lo reprendió la joven mientras el rubor se extendía por su mejillas- con usted...nunca es suficiente...

La mirada de Joel cayó hacia las manos de la chica, para luego subir por su brazo, hacia el delicado cuello, la nivea piel de su mandíbula y los labios más deseables que había visto en su vida.

Fue una suavidad escalofriante la que percibió Hanna en su mano, los dedos temblorosos, cálidos moviéndose sobre la extensión para luego ascender a su brazo, cerró sus ojos, concentrándose en sus latidos y en la respiración profunda que Joel daba a su lado, la proximidad se hizo insoportable, deliciosa. La mano no se detuvo allí, sino que se desplazó hacia su cuello sobre cada una de las líneas que se formaban. Quería reír, llorar, una amalgama tan poderosa, como un huracán que arrasa todo a su paso, cuando los dedos se posaron en su hombro, instintivamente su cabeza se inclinó, gozando el calor de la caricia, anhelando más.

- Hanna...- se oyó como una especie de plegaria, la chica abrió los ojos muy despacio y se detuvo en el rostro rígido del hombre frente a ella
- Joel...

Los brazos musculosos la arroparon, dándole una inexplicable comodidad y alegría, haciendo que su cuerpo vibrara de emoción, de anticipación.

- No podemos... - ¿por qué debía negarse?, no era posible, no lo permitiría.

- ¿Tienes miedo? – preguntó con un atisbo de ingenuidad, como si no supiera todo lo que significaba para su profesor ceder a sus deseos
- Sea lo que sea que pase, no recibirás una buena calificación por esto, no es negociable – Hanna asintió con la cabeza varias veces
- Lo entiendo, no es por eso...- acarició la piel perfumada de su profesor y llevó sus labios hacia el encuentro de esa boca

El torrente sanguíneo se detuvo, todo el ambiente lo hizo, quería paralizar el tiempo, que aquello durara eternamente, que sólo fuera de ella, “mío, todo esto es mío”, la sensación de posesividad la invadió, y el beso que comenzó con una mezcla de ternura y timidez se transformó en un asalto a la cavidad bucal del hombre, castigando sus labios sin piedad...

En lo recóndito de su mente esperaba la reacción de su profesor, el golpe certero, que este la apartara y se marchara de ese lugar silencioso, sin embargo, nada de eso ocurrió. Por el contrario, Joel la atrajo más a él, enredando sus dedos al cuello de la sudadera. Hanna respondió poniéndose de pie y luego colocándose a horcadadas sobre él, amando la delicadeza de su rostro, cerrando los ojos y dejándose llevar. Una mano traviesa se movió sobre la fina tela del pantalón de vestir del profesor, delineando cada pliegue y con su dedo índice marcando suavemente la erección.

- Debemos parar...
- No – el sonido lastimoso de aquel delicado encanto sobre su regazo lo hizo morderse el labio de excitación
- No podemos hacerlo aquí
- Claro que sí – las manos se deslizaron por los brazos del hombre hasta llegar a sus pectorales, estaba tan necesitada de él, como jamás lo había estado por ningún otro hombre – por favor, Joel, por favor...

Las manos del hombre se posaron sobre sus esculturales nalgas, presionando sobre ellas bruscamente lo que la hizo dar un salto.

- Sobre la mesa, ahora – la chica se remojó los labios, mientras subía a la armazón de madera de roble delante de ellos.

Se enfocó en la lámpara antigua sobre ellos mientras gozaba los besos y caricias que Joel le daba sobre la ropa, parpadeó por unos segundos cuando enfocó su vista en la remera que había sido llevada hacia arriba rebelando un pequeño sostén de encaje.

- Lindo – sonrió el hombre mientras acariciaba la delicada tela y la retiraba. Dejando a la vista un par de cerezas las cuales succionó una y otra vez, arrancando dulces gemidos desde el fondo de la garganta

de Hanna

Descendió sin pudores, desabrochando el pantalón y dejando caer su camisa la cual había desabotonado a la velocidad de la luz.

Su erección dolía, como nunca, observó a la mujer recostada frente a él, las piernas levemente separadas, dejando a la vista aquel paraíso en el cual deseaba hundirse. Una pizca de remordimiento lo hizo retroceder, pero, Hanna, con toda la determinación que quedaba en su cuerpo tomó su erección y la dirigió en medio de ella, acariciando suavemente con el preciado órgano entre sus labios vaginales el botón hinchado sobresaliente. Su cuerpo se contrajo de placer y Joel derrumbó todas las barreras de la razón en ese instante, perpetrando en ese cuerpo sin misericordia, una y otra vez haciendo que Hanna se sujetara a su espalda y tatuara su agarre en ella...



Dos días después del encuentro, Hanna se hallaba conectada a cada imagen de su profesor sobre ella, cada gesto grabado en su retina, a la maravillosa y poderosa emoción de sentirlo suyo, aunque fuera por unos momentos.

No habían existido palabras a posteriori, ni mensajes, ni promesas, sólo el recuerdo de algo único y casi inexplicable.

Joel llegó cinco minutos tarde ese día, no era su costumbre, sin embargo, su semblante había cambiado. Se detuvo frente a la clase con un carácter reflexivo, como quien observa algo por primera vez en toda su vida, y en parte algo de verdad había en ello.

- Yo... quisiera hacer referencia al examen de la semana pasada – los abucheos al unísono lo hicieron tensarse - ¡Silencio!

Y en el aula repentinamente no voló ni siquiera una mosca. Hanna no reparó en él, sino que se dedicó a hacer dibujos como hacía frecuentemente en sus clases, después de todo, las chances de aprobar siempre eran las mismas, nulas. ¿Se sentía miserable por ello?, claro que no, misteriosamente la felicidad de haberlo tenido alojado entre sus piernas superaba cualquier decepción de una mala nota. No era desdén lo que deseaba provocar en el hombre, sin embargo, su timidez era tal que ni siquiera podía levantar sus ojos del papel.

- Voy a darles una nueva oportunidad – y de repente su rostro se elevó encontrándose con el de su profesor. Sí, era una broma, sólo eso debía ser - ¿Bien? ¿algo que decir al respecto? ¿dudas?

La clase había enmudecido, y de pronto un suspiro de calma los invadió. No habían reprobado, no todavía. Era una chance ínfima, pero la tomaría como tal. Uno a uno, sus alumnos fueron levantando las manos, indagando acerca de los temas más complejos, Joel respondió con calma, con paciencia, como si no se tratara de la misma persona. Hanna se mantuvo en silencio, admirando, anhelando volver a tener a ese hombre entre sus brazos, rogando que los minutos se transformaran en horas y las horas en días, y los días en meses al lado de él, de su profesor, del odiado y amado Joel Sáenz.

El hombre se retiró tarde del edificio ese día, cuando el resto del alumnado y los profesores se habían ido, tenía trabajo atrasado y, por primera vez, había prestado atención a la tarea casi automática de corregir exámenes. Resultó enriquecedor y novedoso, la perspectiva de cada joven, lo interesados que estaban en aprender. Había subestimado a aquellos chicos, lo había hecho y se sentía contrariado por ello.

Se dirigió al vehículo lentamente, una figura conocida se acercó a él en el estacionamiento.

- Profesor Sáenz
- Srta., Pratt – entre las luces artificiales su rostro resplandecía, era la mujer más hermosa que había tenido en su vida. No podía negar eso. - ¿qué necesita?, no la vi preguntar en clase y me temo que perdió su oportunidad

La chica se remojó los labios y sonrió, quedando a centímetros del hombre y gozando su respiración

- ¿Lo hice?
- Sí – las manos de Joel viajaron a su cintura, envolviéndola, estrechándola hacia su torso, mientras la chica lo aprisionaba contra sí tan fuerte como sus delgados brazos lo permitían
- Gracias
- ¿Y eso por qué? – indagó mientras se concentraba en el dulce aroma de su cabello
- Por confiar en nosotros
- No Hanna, gracias a ti, por demostrarme que, con la fórmula correcta, todos podemos cambiar...

Admirador

Gema Smirak era la mejor tenista que su país había tenido, a eso, debía sumarle una belleza que despertaba las envidias de las modelos más hermosas. Con sólo 21 años, una altura de un metro ochenta y una cintura de avispa que hacía que su retaguardia fuera la más vistosa y codiciada de todo el circuito.

Bruno sabía que no tenía oportunidad con ella, un simple mortal jamás sería tomado en serio por una divinidad. Sin embargo, esa tarde y, conteniendo toda la vergüenza que lo invadía, tomó la decisión de esperar en las afueras del lugar de entrenamiento para conocerla.

Dos horas bajo el frío y la lluvia que se desplegaba como una cortina espesa no parecían poca cosa, no obstante, cuando Gema hizo su aparición toda la tortura se desvaneció en el aire.

Ni siquiera era comparable a las chicas que había conocido. La piel lozana, magníficamente tostada en cada milímetro, ojos tan grises como el cielo que los cobijaba. Estaba tan obnubilado de la gloriosa presencia que ni siquiera se percató del gesto estoico de la mujer. Era la más bella y resultó ser la más imbécil.

Su rostro altivo, inmutable, en verdad se consideraba una divinidad y, todas las estrategias probables de conversación que pensaba entablar Bruno cayeron en ese instante.

La mujer dejaba un enorme rayón que se asemejaba a una firma en cada camiseta y foto, sin reparar en la imagen de sus fans, cuando llegó su turno Bruno quitó la foto rápidamente. El gesto no pasó desapercibido para la chica

- ¿A ti qué te pasa? – lo reprendió frente al resto de los jóvenes que ahí estaban, el muchacho se mantuvo en su posición
- No quiero tu autógrafo- la mujer se echó a reír - ¿Qué es tan gracioso?
- Que pienses que me importa
- ¿No lo hace?
- No
- Genial entonces

Bruno se peinó su cabello castaño empapado y se marchó del lugar, dejando a la mujer con una sensación extraña en su pecho.

Llegó a su casa con una desazón desconocida hasta el momento, una amalgama de sentimientos lo embargaron: decepción, angustia, ira y risa, sobre toda risa, le parecía gracioso haber sido tan patético, haber guardado la

esperanza de que esa mujer se comportara como una persona digna y que toda la belleza no se desmoronara dejando a la vista un ser insulso y sin gracia.

- Enano, llegaste temprano – se burló su hermano mayor quien ingresó a la cocina para buscar algo de comer - ¿qué tal la super mujer?
- Una mierda – Drago frenó de inmediato al escuchar esa voz, rápidamente se sentó a su lado
- ¿Qué pasó?
- Nada – hizo una mueca de confusión
- ¿Entonces?
- ¡Eso! - hizo un ademán con sus manos y se puso de pie molesto – es una imbécil, no me tomé una foto con ella, no me firmó un autógrafo, me fui antes de que lo hiciera
- Vaya, pero estabas tan flechado con ella – se burló haciendo que lo observara sin un atisbo de gracia
- No, no lo estaba, sólo ...olvidalo, me voy a caminar un rato
- Ok, no diré una palabra más, hoy es la boda de papá y Jane, iremos ¿verdad?
- Drago yo...
- Por favor, no puedes dejarme solo ahí, y debes ir, es la esposa de papá...
- Es una idiota
- Pero es la idiota que papá ama, y estoy feliz por él, después de mamá no hubo otra mujer y ahora...
- ¡Está bien! – exclamó ofuscado- ¡mierda!, si no hay otra opción
- Debemos ir muy formales, recuerda que será un gran acontecimiento
- Sí, lo sé, maldita sea, ¿cómo hizo papá para engancharse a una exmodelo? – Drago se encogió de hombros
- Pues, ve y pregúntale, puede que te de algunos consejos para enamorar a la tenista de tus sueños

Bruno puso sus ojos en blanco y, cambiándose de sudadera salió hacia el parque. Se movió tan rápido como pudo, tratando de olvidar la tristeza que se había instalado en él. Era una tontería, tal vez lo era, pero realmente amaba a esa mujer, aun sin conocerla, como si se tratara de una obsesión que lo había tenido en vela demasiadas noches para que la decepción fuera una cuestión que se disiparía en minutos.

Fue un error ir tras ella, aquella estrategia planificada ni siquiera debería haber existido, ahora era demasiado tarde, la mujer había calado en sus

emociones, carcomido su ego, lo había devastado, como si hubiera dejado de ser él.

Sus piernas se movieron tan rápido como sus fuerzas lo permitieron, después de cuarenta minutos se detuvo lentamente, su respiración volviendo a la normalidad, cerró los ojos y secó el sudor de su cara con el brazo. Observó el reloj, tenía cosas que hacer antes de prepararse para “la gran noche”.



Gema salía de tomar una ducha, secando su cabello, su cuerpo emanaba un pequeño vapor debido al agua caliente. Tomó asiento en el cómodo sillón que engalanaba la amplia sala y encendió el televisor de 75 pulgadas. Estaba por comenzar su serie favorita, cruzó sus piernas sobre el sillón, estaba inquieta, contra su propia voluntad, estaba de mal humor y conocía muy bien el motivo.

El niño imbécil que se había creído con derecho a llamarle la atención frente a decenas de personas en la puerta del campo de entrenamiento

- ¿Llegaste temprano? – Angela estaba un poco más que sorprendida, encontrar a Gemma antes de la madrugada en el departamento era todo un acontecimiento
- Sí, llegué temprano – balbuceó sin ganas, convencida de la catarata de preguntas que sobrevendrían
- ¿Pasó algo?
- Nada que te importe – esbozó rápidamente dándole una sonrisa hipócrita
- ¡Bueno! ¡Veo que estás de gran humor! – exclamó la morena acercándose a la cocina y enchufando el tostador – si no te molesta, comeré algo...
- Haz lo que quieras – subió el volumen del televisor y trató de concentrarse en la maldita serie

Angie la observó de soslayo y rio bajito, le gustaba molestarla, pero sin duda, había alguien que había hecho un mejor trabajo del que ella frecuentemente hacía.

- Jane nos espera esta noche, ¿irás?
- ¿Tengo alternativa? – agregó con un atisbo de incomodidad mientras se cruzaba de brazos
- Bueno, si vas a ir con esa cara, es mejor que te quedes, es un día

- especial para Jane, respeta eso.
- ¿Qué estas diciéndome? – el silbido de la tetera cortó el ambiente que se estaba tornando denso
 - Gema, sólo... por una vez en tu vida, deja de comportarte como si el mundo te debiera algo, como si nosotros sólo fuéramos tus admiradores, eres una mujer común y corriente y, si vas a ir a estropear todo con tus aires de diva, sólo, olvídale, quédate aquí, o vete con alguno de tus novios de turno...
 - Yo jamás me creí...
 - Lo haces – interrumpió Angie- todo el tiempo y es bastante molesto, te conozco, sé que no lo haces con mala intención, eres una buena persona, pero los demás no lo saben, y se quedan con la parte que demuestras que es... horrible
 - ¡Genial! – exclamó molesta Gema- era lo que me faltaba, primero, un estúpido esta mañana me recrimina mi actitud y ahora tú...
 - ¿Disculpa? – los ojos de Angela parecían dos platos, grandes y redondos - ¿qué te hicieron qué?
 - Olvídale, voy a cambiarme, ya veo que no vas a dejarme ver televisión en paz,

Se movió rápidamente a la habitación en donde dio un portazo que debió escucharse en todo el edificio, mientras que la mujer la contemplaba atónita y confundida...



- Odio parecer un pingüino- el esmoquin le dejaba poco margen de movimiento, sí, debería haber comprado un talle más, maldito Drago que le había dicho que le quedaba perfecto mientras ahora se reía sin parar a su lado
 - Totalmente, pareces un muñequito de pastel
- Bruno le mostró el dedo medio sin nada de sutilezas, haciendo que su hermano se carcajeara con más fuerza, mientras los invitados volteaban a observarlos
- Cállate, ¡imbécil!
 - Lo lamento, en serio, lo lamento, pero, no te preocupes, te ves muy apuesto así... - el castaño negó con la cabeza y sonrió

- Voy a cobrarme esta, tan sólo espera...

Se alejó hacia el sector de las mesas, no había probado bocado después del ejercicio, y estaba hambriento. Observó hacia donde estaba su padre y su esposa, se detuvo en el semblante resplandeciente del hombre, sí, se merecía la felicidad y, al parecer, la había logrado.

- Se ven lindos, ¿no crees? – su corazón dejó de latir bruscamente. Era una broma...una muy pesada...



Gema estaba radiante esa noche, un vestido verde que resaltaba su piel tornasolada, una gargantilla de brillantes que combinaba con un par de aretes, el cabello suelto, algo ondulado en las puntas, sus pómulos altos resaltaban en su rostro anguloso. Llegó al lugar junto a Angela y no hubo hombre que no reparara en ella, bueno, sí, de hecho, hubo 2, que estaban demasiado concentrados burlándose de sí mismos y riendo descontroladamente. Su vista se agudizó, había algo familiar en el castaño fornido, su rostro armonioso le resultaba familiar...

De pronto, la imagen del muchacho de la tarde volvió a ella, era él, como si el destino la considerara un chiste.

- ¿Estás bien? – indagó Angela sobresaltada, luces sorprendida y ... furiosa- La rubia acomodó su cabello, cuadrando sus hombros.
- Nada importante, ven, vamos a saludar a Jane

Ni siquiera prestó atención a la conversación de Angie y Jane, tampoco a las lágrimas de felicidad de esta última. Todos sus sentidos concentrados en el chico el cual coqueteaba con una mujer con cabello ridículo y senos falsos.

- ¿Qué te parece, Gema? – volvió al mundo en un segundo, la mirada expectante de ambas, las cuales la abrazaron
- Pobre Gemma, perdona, debes estar cansada, te felicito por el torneo de la semana pasada, mi marido siempre ha dicho que eres la mejor
- Gracias- el tono carmesí envolviendo su rostro
- Es más, uno de sus hijos es un gran admirador tuyo, al punto que tiene tu foto en cada lugar de su habitación, ahí está justamente, se llama Bruno

Y Gema supo que el destino definitivamente podía ser un hijo de perra cuando se lo proponía.

- Ven, voy a presentarte, ¡no imaginas la emoción que tendrá! – la sujetó del brazo e intentó moverla del lugar, pero la rubia la frenó
- ¡No!, digo, iré yo misma, tú diviértete, es tu fiesta, ¡ve a bailar!

La mujer asintió alegremente y se movió con Angela hacia la pista del baile, mientras que Gema caminó rumbo a la mesa donde se encontraba Bruno. ¿Por qué lo hacía?, bueno en realidad no lo tenía muy claro, pero probaría la valentía del muchacho.

Bruno tenía una pose muy sexy, una mano en el bolsillo y una copa de champagne en la otra, una mirada totalmente tierna y llena de afecto hacia su padre y su esposa, le gustó, en ese momento, Gema no sólo quiso probar su valentía, sino a él, en su totalidad...

Ni siquiera se había percatado de su presencia, por lo que pudo tomar una copa y colocarse a su lado sin problemas...

- Se ven lindos ¿no crees? – Bruno tragó saliva y se encontró con los ojos glaciales de la mujer en ese instante, que reparaban en él como si fuera la cosa más interesante del mundo.



La nuez de Adán se movió, dejando que el aire entrara y le permitiera armar una frase, la cual jamás había sido tan ansiada por nadie.

- Se quieren, es imposible que emanen otra cosa que no sea ese sentimiento, sí, se ven lindos - Un pequeño cosquilleo en su estómago hizo que la rubia diera una risita.
- ¿Qué haces aquí? ¿te arrepientes y ahora quieres mi autógrafo?
- ¿Por qué? – rebatió Bruno sin amedrentarse- ¿vas a hostigarme hasta que te lo pida?

La sonrisa perlada brillante resplandeció en el masculino rostro lo que hizo al corazón de Gemma estrujarse.

- No, no lo haré, de hecho, me acerqué para ver si eras capaz de rechazarme de nuevo
- Lo soy, y te mandaré a la mierda las veces que sean necesarias...

Honestidad, completa y genuina honestidad en cada frase, fue lo que percibió la mujer en el trato de Bruno. Era mucho más que su admirador, la conocía, había visto en su interior sin haber cruzado palabra.

- ¿Por qué lo hiciste? ¿qué hice para derrumbar tus expectativas en

treinta segundos? – Bruno se encogió de hombros

- Bueno, cuando saliste con tu rostro lleno de desdén supe que era un error estar allí - La sonrisa de Gemma se desvaneció, la angustia de Bruno hizo que aquello sucediera.
- Lo lamento – el castaño hizo una mueca y negó con la cabeza
- No hay problema, es tu personalidad y...
- ¡No! Yo...no soy así... sólo había tenido un mal día y quería llegar a casa a descansar
- Está bien – la mano de Bruno se movió a su espalda acercándola hacia él en señal de contención – yo entiendo, lamento haberte hecho sentir mal...
- Di positivo en el dopaje del torneo de la semana pasada ...

La mandíbula de Bruno cayó, desencajada, no podía estar escuchando eso...

- Pero tú, siempre fuiste muy cuidadosa con eso...
- Sí, lo sé, sin embargo, no he estado en mi mejor forma y mi preparador físico no tuvo mejor idea de darme unos estimulantes que están prescritos, la noticia saldrá mañana, es inminente, y, toda aquella gente que me esperaba con sus caras llenas de júbilo me despreciará y, simplemente no sé cómo haré para soportar eso

El castaño enmudeció, la culpa llegando hasta sus huesos, entendiéndolo que, no todo lo que reluce es oro.

- No es así Gema, tus fans no se doblegarán por una caída tuya, es normal, les ocurre a todas las celebridades y tú lo eres, así que, acostúmbrate, tal vez, puedas sacar beneficio de ello
- ¿Ventaja?, van a sancionarme, estaré fuera del circuito por lo menos un año, ¿sabes lo que eso significa para mí? El tenis es mi vida, todo que he sido desde... siempre
- No- espetó el castaño con severidad- esa no es tu vida, tu vida son las personas que te aman, tu madre, padre, tu prima, tus amigos, has querido delinear tu existencia entre cuatro líneas blancas, ese es el problema. Tienes una línea de ropa, una de fragancias, eres prácticamente una modelo, apareciendo en cada puto comercial. No, el tenis no es tu vida y depende de ti que no lo sea. No tienes que depender de ello Gema, ni sentimental ni económicamente.

Con un atisbo de molestia, Bruno dejó la copa en la mesa y se dirigió hacia su hermano, mientras que la rubia intentaba recuperarse de la

reprimenda del muchacho

- Nos vemos después
- ¡Oye! ¿de qué hablas? ¡si esto recién comienza!

Bruno ni siquiera respondió a los reclamos de Drago y se marchó del lugar sin despedirse. Una suave ventisca se había levantado, apenas puso un pie afuera del enorme salón se aflojó el molesto moño y prendió un cigarrillo. No debía sentirse enfadado, pero le era imposible evitarlo. Gema era una estúpida, una idiota hermosa a la que adoraría cobijar entre sus brazos y darle el calor que necesitaba, sin embargo, la superficialidad siempre había sido un rasgo que le molestaba en las personas y la rubia lo detentaba en gran medida.

Caminó hacia el estacionamiento lentamente y cuando llegó al auto palpó su bolsillo, las llaves no estaban ahí, su hermano las tenía. Se maldijo a sí mismo varias veces, tenía que regresar. Lentamente se desplazó hacia la entrada sólo para encontrarse con la sensual imagen de Gema que venía a su encuentro.

- Tu hermano me dijo que olvidaste esto – el tintineo de las llaves las cuales bamboleaba en su mano, Bruno intentó tomarlas, pero esta las alejó
- Dame mis llaves – la chica contuvo la risa
- ¿Las quieres?
- Gema, dame mis llaves, no estoy para juegos...

La mujer se acercó hacia él y lo arrinconó contra el automóvil

- ¿Qué pasa campeón? ¿en serio no quieres jugar? ¿ni siquiera conmigo? – el dedo índice se deslizó en la mandíbula recién afeitada de Bruno y se estacionó en su labio inferior – eres lindo Bruno

El castaño tragó saliva, los nervios presionando para que cometiera una locura, una de la que se arrepentiría.

- Tengo que irme
- Di por favor
- ¿Qué?
- Vamos, dime “Gemma, por favor, dame mis llaves”, ¿puedes hacerlo?

Bruno se detuvo en ella un instante tratando de contener la adrenalina

- Querida Gema, por favor, puedes darme las llaves...
- No, no lo haré
- Esta conversación se está volviendo ridícula, déjame marcharme...
- ¿Seguirás siendo mi admirador? Mañana, cuando todo salga a la luz,

¿no quitarás mi imagen de cada rincón de tu dormitorio?

- No, jamás lo haré

Y entonces Gema, con el vigor que 6 copas de champagne le habían dado sujetó al muchacho y besó sus labios una y otra vez, adorando la textura y la dulzura que poseía. Las manos de Bruno recorrieron su espalda, oprimiendo el voluptuoso cuerpo contra su pecho, volviéndola suya en aquel instante.

- No voy a darte las llaves
- ¿No?
- A menos que me lleves a tu departamento
- Bien- expresó con fastidio fingido- si no hay alternativa
- Créeme, no la hay

Volvió a posar sus labios en él, para luego viajar hacia su mandíbula y su cuello, presionando su pierna contra la erección que estaba formándose en los pantalones de Bruno.

- Jamás me he acostado con un admirador – el muchacho enredó las manos en su cabello
- Jamás he dormido con una celebridad
- Y no lo harás – Bruno frunció el ceño
- ¿No?
- No, ni siquiera pienses que te dejaré dormir...

Bruno sonrió y continuó haciéndolo entre besos, gozando del contacto, de la piel, de su musa, de aquella que había atrapado su mente y que no tenía planeado dejarle ir...

Fin

Te invito a conocer el resto de mis obras

Saga Apasionadas

- [Lara](#)
- [Janet](#)
- [Tanya \(Lanzamiento JULIO 2019\)](#)

Saga Besos Ocultos (homo erótico)

- [Tierra Adentro](#)
- [La Orilla](#)
- [Océano \(lanzamiento JULIO 2019\)](#)

Amar en breves lecciones

https://www.amazon.com/Paz-Iribarne/e/B07PDTZDBF?ref=sr_ntt_srch_lnk_2&qid=1560132791&sr=8-2